



BIBLIOTECA

LB775

B7

1903

ES PROPIEDAD.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

133588

Imprenta de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo.—Teléfono 3.127.

CAPÍTULO PRIMERO

Educación del carácter.

SUMARIO: § 1. ¿Qué es el *carácter*?—§ 2. El más alto fin de la educación, *sugerir ideales*.—§ 3. La *sugestión de ideales* en Alemania é Inglaterra.—§ 4. Valor educativo del estudio del idioma patrio.—§ 5. El problema del idioma en Hispano-América.—§ 6. Cómo se deben inculcar hábitos desde la infancia.—§ 7. Las *cuatro virtudes cardinales* que conviene inculcar desde la infancia.—§ 8. Educación sexual.

§ 1. ¿QUÉ ES EL «CARÁCTER»?

Pocas palabras se usan, en los idiomas modernos, de más diversas maneras que «carácter». En castellano, en italiano, en francés, en inglés, en alemán, se dice, más ó menos: «Juan tiene carácter.» «Pedro no tiene carácter.» «Santiago es de buen ó de mal carácter.» «El carácter se forma por la herencia y la educación.» «Los pueblos poseen cada cual un carácter indeleble.» «Hay que formar en el niño el carácter del hombre.» «Cambiar de carácter...» También se dice: «traje de carácter», por «traje de estilo»; «guarda carácter», por «guarda estilo»; «actriz característica», á la que desempeña ciertos papeles singulares; «caracteres alfabéticos, tipográficos, aritméticos,

algebraicos, jeroglíficos, griegos, latinos, arábigos», etc., etc. En teología, la palabra «carácter» significa «una marca espiritual imborrable que Dios imprime en el alma de un cristiano por alguno de los sacramentos...» — El psicólogo busca *a priori* un parentesco entre todas esas acepciones, y lo halla en lo siguiente: *lo que especializa ó singulariza... Pero, ¿es esto todo?*

Veamos. Tal vez nos ilumine un poco investigar la historia psicofilológica de la palabra «carácter».

Del verbo griego *χαράσσειν* (*charassein*, grabar) se forma el sustantivo *χαρακτήρ* (*charakter*, grabado, estampa). De ahí la palabra latina *character* (señal, figura, marca, forma, estilo). Y del latín han adaptado los idiomas modernos la palabra *carácter*, *carattere*, *caractère*, *character*, *Charakter*... y sus derivados.

Creo que el primer autor que popularizó una acepción *metafórica* del término *χαρακτήρ* (*charakter*, grabado, estampa) fué Teofrasto, filósofo griego, discípulo y sucesor de Aristóteles, en un bello libro titulado «*Caracteres morales*.» La metáfora se empleó en el sentido de *estampas de los defectos morales que diversificaban á los griegos*. Así lo da á entender el mismo autor en el proemio, no sin admirarse de que «hallándose la Grecia situada bajo un mismo clima ó cielo, y criándose todos los griegos bajo una misma educación,

resulta que sean entre nosotros diversas las costumbres y especialmente los defectos».

Ahora bien, bajo el epígrafe común de «caracteres morales», Teofrasto presenta 23 estampas admirablemente grabadas, de los siguientes defectos ó vicios: «falsedad, adulación, locuacidad, rusticidad, lisonja, indolencia, charlatanería, novelería, cinismo, miseria, insolencia, impertinencia, obsequio intempestivo, estupidez, aspereza, superstición, resentimiento injusto, desconfianza, desaliño, pesadez, vanidad, mezquindad, jactancia, soberbia, miedo, ansia de sobresalir, instrucción tardía, maledicencia». Estos fueron, pues, rasgos morales *diferenciales* de los griegos entre sí. Y la expresión «caracteres» con que Teofrasto los presenta, — como quien dijera grabados, bajo-relieves, bocetos, esbozos, camafeos, medallones, — parece que pasa al lenguaje común con ese significado metafórico de *rasgos morales*. Así, en el castellano antiguo mismo, muchas veces se decía «estampa» por «carácter».

La Bruyère traduce á Teofrasto en el siglo XVIII, y escribe él mismo un tratado que llama «*Caracteres y costumbres de mi siglo*», en el cual presenta, á su vez, una serie de defectos típicos de hombres y cosas modernas. Ya el origen griego y aun la acepción latina de la palabra *character*, los tenía muy olvidados el pueblo

francés, quien acabó por dar á la palabra *caractère* una significación, no ya metafórica, sino *directa*, muy semejante á la de Teofrasto y La Bruyère, siempre tendiendo á los defectos morales que diferencian á los hombres.

A los anglo-sajones, insignes moralistas prácticos, tocóles idealizar la palabra *character*. Sir Tomas Oberbury escribió, en 1614, un tratado sobre los «Caracteres», en el que da á esta dicción un significado que yo traduciría, más ó menos, por esta perífrasis: «virtudes que se manifiestan por un esfuerzo *activo* de la voluntad». En el siglo XVIII ya fué adoptada en inglés, en tal acepción, la palabra *character*. Luego ha llegado hasta significar, por las consecuencias que esas cualidades producen en la sociedad, *reputación*. ¡He ahí una elocuente lección de moral práctica!

En las misceláneas de Carlyle hay un estudio extraordinario titulado «*Characteristics*». Parece-me que el título se emplea en la elevada acepción, un tanto caprichosa, verdaderamente carlyliana, de algunos rasgos comunes y fatales en todos los hombres, pueblos é instituciones, y, sin embargo, poco evidenciados por la filosofía. Se trata de una de las páginas más originales, más profundas, más enigmáticas, — en una palabra, más *características*, — de Carlyle. ¿Por qué la habrá llamado *Characteristics*?... Me inclino á creer

que una traducción literal de ese título sería: «Características de hombres y cosas.»

Un vulgarizador moderno, superficial y ameno, Smiles, ha publicado cuatro libros populares, compuesto cada uno de series deshilvanadas de anécdotas morales, extractadas de biografías de hombres notables. Se titulan «La Ayuda propia», «El *Carácter*», «El Ahorro» y «El Deber», y, en conjunto, nada menos que «El Evangelio social». Y aunque Smiles no define, pues está bien lejos de ser un psicólogo como Teofrasto ó La Bruyère y ni siquiera un moralista como Oberbury, la palabra «carácter», es evidente que entiende por ella una amalgama de estas ideas: índole, voluntad, tesón, esfuerzo, — y elevación de alma. Esto es lo que en todos los idiomas modernos se entiende hoy por «carácter». Tal ha sido la evolución psico-filológica, á través de más de dos mil años, de la genial metáfora de Teofrasto.

Analícense las formas modernas más usuales de la expresión «carácter». En todas ellas se notan estas dos ideas capitales: 1.^a, índole, tipo, naturaleza, idiosincrasia; 2.^a, voluntad, tesón, decisión, fuerza moral para hacer lo bueno y evitar lo malo. Entonces, combinando ambas ideas, resulta que se llama carácter: en general, la índole moral de las personas; en especial, la *voluntaria* aplicación práctica de esta índole para el bien y contra el mal.

Infinitas frases sobre el carácter se han popularizado en todas las literaturas. De ellas surge ese concepto neto y doble, que hasta ahora, creo, no ha sido satisfactoriamente definido. Recordaré algunas. «Conservad á cada uno su propio carácter» (Boileau). «Fuera de su carácter no se hace nada de bueno» (Voltaire). «Yo no os diría cambiad de carácter, porque sé demasiado que el carácter no se cambia» (Thomas). «Ni la buena educación hace los buenos caracteres, ni la mala los destruye» (Fonten). «Los buenos caracteres, se dice, son como las buenas obras: cuanto menos se aprecian al principio, más gustan á la larga.» «Se puede juzgar del carácter de los hombres por sus empresas.» «No es nuestra condición, sino nuestro carácter, lo que nos hace felices» (Voltaire). «Es en las pequeñeces donde el carácter se descubre» (Rousseau). «El verdadero carácter se manifiesta siempre en las grandes circunstancias» (Napoleón I). «La mayor parte de los caracteres naufragan antes de llegar al fin de la vida» (Mad. de Staël). «Las pasiones deterioran las más bellas instituciones y los más bellos caracteres» (Chateaubriand). «Los hábitos determinan un poco el carácter» (Rigault). «El carácter es la combinación más ó menos variable de las pasiones en potencia en cada uno de nosotros» (C. Renouvier). «La educación sin objeto fijo hace los caracteres sin fuerza» (Legouvé). «Cuando se

dice que una persona tiene carácter, se quiere hacer generalmente el elogio de su voluntad» (Therry). «El primer cónsul parecía dudar que la constitución inglesa pudiera convenir al carácter francés, tan pronto y tan vivo» (Thiers). «Se puede considerar el carácter de un pueblo como el resultado de todas sus sensaciones precedentes» (Taine). «Todos los hombres poseen un carácter; pero pocos tienen carácter» (Beauchêne). «Es propio de un gran carácter no calcular las dificultades sino para vencerlas» (La Rochefoucault). «Todo se puede adquirir en la soledad, menos el carácter» (Bayle). «Es el mayor de los males no tener carácter» (Laya). «El carácter fundamental de la asociación es la solidaridad» (Proudhon); etc., etc. Y en estas frases, como en otras muchas que ya han pasado también á lugares comunes, el psicólogo puede siempre extraer los dos preapuntados elementos que, á mi juicio, constituyen el alma, por así decirlo, de la palabra «carácter»: tipo, índole, naturaleza, — y voluntad, decisión, fuerza moral para el bien y contra el mal.

Entonces, *educar el carácter* es, en general, perfeccionar la índole de las personas; en especial, encarrilar la voluntad en el ejercicio de la virtud.

Bastan estas dos enunciaciones para comprender que el más bello fin de la educación es edu-

car el carácter. Porque el carácter, en su doble acepción moral, es *lo* que decide la conducta de hombres y pueblos.

Cada hombre y cada pueblo poseen un carácter, que es algo como el *modus operandi* de su espíritu. Pero hay caracteres fuertes y caracteres débiles; caracteres buenos y caracteres malos. El único medio de perfeccionarlos, es decir, de mejorar las condiciones de herencia y medio ambiente, es la educación. ¡Educando el carácter, se hace el futuro!

En suma, el carácter es el *quid* enigmático del libre albedrío, así como el libre albedrío es el enigmático *quid* del hombre. Ataquemos la esfinge en el corazón de la esfinge... ¡Eduquemos el carácter!

Para educarlo, sólo veo dos medios eficaces: *sugerir ideales é inculcar buenos hábitos*. La instrucción es de secundaria importancia, porque el carácter depende más de lo que se siente que de lo que se sabe. Como que es la zona media entre la inconciencia y la conciencia, entre lo voluntario y lo reflejo, entre la sensación y el impulso.

Educando el carácter individual se educa el carácter social; educando el social se educa el individual. Pero conviene, cuando se educa el carácter de un niño, estudiar: 1.º, el carácter del niño en relación á sí mismo; 2.º, el carácter del

niño en relación á su pueblo. Débense corregir los defectos personales y los defectos sociales. Por esto, aunque la educación del carácter individual y la educación del carácter social sean una misma y única cosa, para mayor claridad expositiva, es menester separarlas. Al estudiar la educación del carácter individual pueden concretarse, en abstracto, los ideales que se deben sugerir y los hábitos que se deben inculcar á todos los hombres; al estudiar la educación del carácter social, deben señalarse los principales defectos de raza y de medio que conviene combatir.

El carácter varía con las edades y las vicisitudes de la vida. Es evidente que la edad transforma las *apariencias* del carácter. Con todo, fácil es observar que muchas personas de carácter juvenil lo conservan así hasta la senectud, y que hay niños que poseen espíritus de ancianos. Se dice que las grandes crisis de dolor, las largas enfermedades, así como la excesiva prosperidad, cambian el carácter de los hombres. Pero el carácter es algo más que la irascibilidad, la condescendencia, el humor. Generalmente, un cambio de carácter no supone, en realidad, más que la presentación de una fase antes oculta del carácter: el desdoblamiento de un otro Yo del temperamento, que dormitaba en la inacción. Hay una base en el carácter de cada hombre que es como la

quintaesencia de su espíritu, y que perdura hasta su muerte. Sólo ciertas dolencias muy graves pueden falsearlo. En el carácter hay, por lo tanto, un punto de partida inmutable («genio y figura...»), de donde surge una elipsis que la vida puede cerrar y ensanchar. Y es evidente que conviene afirmar los rasgos más nobles del carácter; que, en la infancia, la educación, hasta cierto punto, lo puede; y que, una vez formado el carácter, el individuo es más apto para aprovechar los favores de la fortuna y más fuerte para resistir los embates de la adversidad.

También los pueblos varían como los hombres, á través de las edades y de las circunstancias, de carácter. Pero el fondo queda siempre el mismo; los galos de Tito-Livio son los franceses de Taine. ¡Y hay que cultivar ese fondo! Porque «ningún pueblo será grande, como dice Stäel, si no cultiva su propio carácter». Al manzano no se le pueden pedir lirios; hay que cultivarlo como manzano para que dé sus esmaltados frutos.

En los individuos, es acaso menos importante que en los pueblos, para las doctrinas educativas, el *fondo de identidad del carácter*. Ese fondo de identidad puede, en la enseñanza general, suponerse siempre el mismo, á través de la raza. Lo que en una sociedad conviene enseñar en materia de educación del carácter á un individuo, conviene generalmente á otro. En los pueblos, el

fondo de identidad del carácter es más absoluto, y lo que á uno conviene, no siempre conviene á los demás. En una palabra: por regla general, es mayor la diferencia de carácter que media entre un pueblo y otro pueblo, que en una misma sociedad entre un educando y otro. Por consiguiente, los principios para la educación del *carácter individual* pueden ser más latos, aplicables á todos los niños, aun de países diversos; los principios para la educación del *carácter nacional* deben ser singulares para cada pueblo.

§ 2. EL MÁS ALTO FIN DE LA EDUCACIÓN, «SUGERIR IDEALES»

En el alma de cada uno, y en el alma de todos, los ideales son astros que nos guían, como á los reyes magos, hacia la meta de nuestros destinos. Son aquellos sentimientos dominantes que dan unidad á nuestros actos, sinceridad á nuestras empresas y ruta á nuestras vidas. Navegantes ó náufragos de los mares de la miseria humana, ¿qué mejores dones podríamos apetecer de la educación, que una estrella polar que, á través de las tormentas, nos señale, directa ó indirectamente, el rumbo hacia los puertos?

Aunque no se me oculta que esos ideales nacen con el hombre, y son producto, ante todo, de su herencia psíquica, creo que también la educa-

ción puede «formarlos». La educación, ya que no es parte á *crear*, puede *encauzar* las remotas *aspiraciones*, designándoles fines concretos: ello es lo que llamo *sugerir ideales*.

El hombre obra siempre bajo la influencia, fausta ó infausta, de sus ideales, positivos ó negativos. Podrán ser el hambre y el amor, ó sean, el individuo y la especie, los dos únicos resortes primitivos de su psicología; pero esa psicología, afinada y refinada en millones de generaciones, transformando en su evolución sus primeros instintos, presenta hoy en el hombre civilizado, sobre todo en *l'élite*, infinitas facultades de alta sensibilidad. Dar á esas facultades bellos objetivos de eficaz utilidad para la felicidad de todos y cada uno, es el fin de la *sugestión de ideales*.

Para *sugerir ideales*, nada más eficaz que el hogar. Por esto, el hogar es irremplazable. Por esto, la educación que se recibe en la casa paterna es, en importancia como en tiempo, la primera. Ningún poder mayor de sugestión que el de los padres, en los tiernos años de la infancia. ¡La madre, no sugiestiona, fascina!... Una Blanca de Castilla forma un San Luis, rey de Francia; una Lady Byron, hace la desgracia de un Lord Byron...

Las ideas cambian más que los sentimientos; la inteligencia del hombre no es la inteligencia del niño; pero el corazón del hombre es el cora-

zón del niño. Si el campo del progreso presenta como sus últimas capas las fértiles llanuras de aluvión del movimiento económico, y si sus estratificaciones-bases inmediatas son la alta cultura, su primer cimiento geológico es el hogar. El primer cimiento del hogar es el corazón del hombre, ¡y el corazón del hombre es el corazón del niño!...

Para formar el corazón del niño, después del hogar está la escuela. La escuela es una segunda madre. Es una *concomitante* de la acción del hogar. Pueden aun reemplazar á los padres, como Cirineo á Jesús en la cuesta del Calvario... Pues si la instrucción pública no interviene tan directamente como los padres á formar el corazón de sus educandos, indirectamente lo puede... Puede intervenir en los hogares *del futuro*, tendiendo á arraigar en el alma de los jóvenes el ideal del hogar... Sugiriendo el ideal del hogar.. ¿Cuáles hechos demostrarían mejor que éstos la trascendencia de aquella rama de la pedagogía que llamo *sugerimiento* ó «sugestión de ideales»?

Un ideal es un deseo. «Querer es poder», dice un refrán castellano. «Querer es hacer», dice, con tanta mayor energía, energía germánica, un refrán alemán: *wollen ist machen!* Luego, *sugestionar ideales* es — *preparar hechos*.

Los ideales que deben sugerirse á la juventud,

son: *abstractos* y *concretos*. Abstractos, las nociones de *ética* y *estética*; concretos, los modelos de *individuo*, *patria* y *progreso*...

¿Cómo sugerirlos?... ¿Hay quien lo ignore? El ejemplo, siempre el ejemplo, en todos los detalles de la vida, en la conducta de los mayores, en la crítica, en la anécdota, en el cuento, obrando como una continua gota de agua sobre la sensibilidad y la memoria del niño, acaba por dejar en su espíritu un hondo rastro: el concepto del bien y del mal. Repítasele y demuéstresele hasta el cansancio, en todas las ocasiones, en todos los momentos, ya directa, ya indirectamente, que entre un hombre bueno y un hombre malo media un abismo: ¡el de la felicidad! Conocido el bien, el niño terminará por amar el bien, es decir, por poseer el ideal del bien... Y cuídese de que ninguna autoridad alabe ó se jacte en su presencia de triunfos del desenfreno, del juego, del fraude, en fin, del vicio, porque ello puede sugerirle *contra-ideales* que encarnen en su vida la tentación y el mal. Armesele poderosamente en su imaginación á su Angel Bueno, para que cuando, allá en los páramos de su alma, le trabe batalla su Angel Malo, aquél lo venza y lo derrumbe en la sombra con su espada de fuego...

§ 3. LA «SUGESTIÓN DE IDEALES» EN ALEMANIA É INGLATERRA

De todos los ideales, hay uno supremo: el del *carácter*. Sugerir el ideal de un hombre modelo, dechado de virtudes, es la *ultima ratio* de la ética, de la historia, de la filología. Es algo como la concentración, como la condensación suma de los demás ideales, de los sentimientos, de las aspiraciones. El papel más grande del pedagogo es construir ese ideal como un muñeco, darle vida, y señalarlo á la simpatía de sus educandos, desde todas las cátedras, con estas palabras divinas: *Ecce homol*

Es frecuente error del vulgo suponer que el estadista, que el ciudadano dirigente no necesita más que astucia y buen sentido para inspirarse en el difícil arte del gobierno; que basta al legislador conocer las necesidades del país, al juez saber las leyes... Sólo la ignorancia de la historia puede preconizar error tan grave, pues la experiencia de la humanidad nos demuestra que no es la prudencia, ni la sagacidad, ni el buen sentido, ni los conocimientos sólidos lo que infla, por los mares del progreso, las velas de los gobiernos, sino las altas pasiones, los ideales sublimes. Harto sangrientamente demostrado está que aquellas condiciones no son las que engendran los adelantos, sino simples colaborantes, y á veces,

meros obstáculos al retroceso. *Algo* más se necesita, y ese algo, que no es sólo inteligencia, es la depuración suprema de la sensibilidad, los ideales, para los cuales no basta el hogar, pues la escuela es una segunda madre... Las naciones progresistas, en efecto, como Alemania y Britania, saben siempre organizar su instrucción pública de modo que sugiera ideales al pueblo.

Toda la educación, desde el *Kindergarten* hasta las Universidades, está saturada, en Alemania, de este principio generador: sugerir á cada uno el ideal de la patria, el de la honestidad y el de la belleza, es el fin supremo de la instrucción pública alemana. Al estudiar el idioma nacional, la historia, la filosofía, la religión, el maestro, más que *instruir*, en la acepción estricta de la palabra, tiende á elevar el alma del discípulo, inculcándole sabios aforismos y nobles sentimientos. La unidad del lenguaje, y el espíritu fuerte, casi ingenuo, didácticamente heroico, de la robusta literatura alemana, facilitan esta tarea. No es posible hallar en otras tantos trozos que canten la altivez cívica, el valor, la bondad, el patriotismo, la nacionalidad. El *Lesebuch*, «libro de lectura», cretomatía nacional que sirve abundantemente en sus varios tomos, desde la primera clase hasta la última, es un riquísimo conjunto de ejemplos y sentimientos grandes. Su título no es con frecuencia sugestivo de un alto sen-

timiento, como que el más usado de todos esos *Lesebücher*, se titula hoy *Das Vaterland* («La Patria»).

En Alemania se procede democráticamente á la educación de los ideales: se efectúa de idéntico modo en todos los grados y categorías de instrucción pública. — En el Imperio Británico, la educación de ideales es realizada casi exclusivamente en la instrucción de las clases dirigentes. Es en las grandes *high schools* (institutos secundario-preparatos) donde se trata de formar el *cristian gentleman* («caballero cristiano»), que, desde Arnold, sirve de norte á la educación inglesa. En las grandes Universidades, especialmente en Oxford, el título-base para los demás, es el de B. A., «bachiller en artes», cuyos cursos, aun siguiendo la especialidad *moderna* en vez de la *clásica*, tienen por fin principal el estudio de la ética, el cual estudio es precisamente el culto de los grandes ideales que deben inspirar á las bien organizadas aristocracias. Por esto Inglaterra ha buscado siempre sus cancilleres en Oxford, la Universidad de la ética por excelencia, pues desde Pitt, que fué excepcionalmente *Cambridgeman*, hasta Gladstone y Rosebery, todos sus *prime ministers* han sido *Oformen*.

§ 4. VALOR EDUCATIVO DEL ESTUDIO DEL IDIOMA PATRIO

Mira generalmente el vulgo, y al decir el vulgo quiero significar una inmensa mayoría, con la olímpica indiferencia de la ignorancia la cuestión del idioma nacional. No obstante, es un problema de mucha más trascendencia de lo que supone el semi-analfabetismo del vulgo... No se trata de meras teorizaciones filosóficas, ni de puerilidades purístico-literarias, ni de escolares pedanterías: el problema del idioma es, en parte, el problema del *carácter nacional*; el cultivo del idioma patrio es el cultivo del sentimiento patrio; el estudio del idioma es el de la dialéctica, y por ende, el de dar forma prístina al razonamiento, y por lo tanto, el desarrollo de la lógica del espíritu.

No en vano es la lengua nacional, base de la educación en Alemania, y lo será posiblemente, tarde ó temprano, en todos los países progresistas del mundo. ¿De cuál asignatura podría decirse como de ésta, que ilustra, que educa, que dignifica, que forma el raciocinio, que eleva el alma, y que es tan indispensable al pensamiento como el aire á nuestro organismo, que es el medio y los extremos, el objeto y el sujeto, el principio y el fin? Razón hubieron los griegos en basar toda la educación intelectual en la dialéctica, y los escolásticos en el silogismo, ya que su torpeza para

usar el hipérbaton latino los reducía á forma tan rudimentaria, y, sin embargo, tan difícil... «La lengua, y, sobre todo la sintaxis de la lengua, ha dicho Cánovas del Castillo, es la expresión más acabada de toda raza, de todo pueblo, en cualquier tiempo; no hay que disputarla esta primacía, porque en la lengua van envueltos todos los sentimientos morales, va envuelto todo lo espiritual: la lengua es el alma exteriorizada.» Pero hay más aún: no sólo el culto de la lengua es el de la propia alma; no sólo es la mejor gimnasia de la inteligencia, sino también, ¿cómo podrían mejor desarrollarse los ideales del alma sino en el estudio consciente de las grandes joyas de la literatura nacional? Y, ¿cómo realizar tal estudio, sino encauzándolo en el del propio idioma? «Ningún pueblo será grande si no cultiva su propio carácter.» Su carácter es su idioma; su idioma es su literatura.

§ 5. EL PROBLEMA DEL IDIOMA EN HISPANO-AMÉRICA

El problema del estudio del idioma nacional es aún más grave en las repúblicas hispano-americanas que en las naciones europeas; porque presenta esta incógnita: *¿debe propenderse en Hispano-América á conservar la unidad de la lengua castellana, ó es preferible la formación de dialectos ó idiomas nacionales en cada República?*